



## UN PRÍNCIPE CALAVERA.

### I.

NUESTROS jóvenes lectores se servirán trasladarse con nosotros á un extremo de Londres cerca del camino de Rochester, espacio lleno por los años de 1400 de terrenos incultos, de lagunas y de prados donde se alzaban acá y allá algunas casas de ladrillos y de madera. En una ahumada taberna de paredes groseramente pintadas conferenciaban en alta voz varios amigos, mezclando al ruido de su conversacion el choque de los vasos y de los frascos de hoja de lata. Uno de ellos, personaje de alta estatura, fué á descolgar de un clavo de la cocina un jamon que hacia seis meses estaba puesto al humo, y á pesar de las reclamaciones del tabernero lo llevó en triunfo, diciendo:

«Victoria, amigos míos! aquí traigo este avechuelo que he atrapado en la cocina..... El pícaro de Patrick que decía tendríamos que contentarnos con pan seco! Beberemos y comeremos a su salud.

—Señor, murmuró el tabernero con timidez, este jamon pertenece á unos marineros que deben venir hoy á almorzar aquí.

—Que se pasen sin él.

—Pues entonces, pagádmelo, porque no sé si puedo fiar á vuestras señorías.

—Bah! somos de buena familia y yo me llamo sir John Falstaff.... Quién de vosotros tiene dinero? Por lo que hace á mí, estoy reñido en este momento con todas las monedas que corren en Inglaterra.

Un jóven que habia escuchado aquella corta reyerta riendo á carcajadas, la cortó con estas palabras:

—Toma, John, aquí está mi bolsillo que puedes dar á Patrick por el jamon.

—Atencion! dijo Falstaff; nuestro amigo Harry necesita que yo le enseñe á ser económico. »

Y presentando una moneda de oro al tabernero, el cual se inclinó profundamente, guardóse lo demás en la faltriguera del pantalón. Aumentóse con esto la hilaridad de Harry, y á poco el canto estrépitoso de veinte aturdidos estremecía las paredes de la sala.

Acababa de dar la queda, y los perezosos viajeros se apresuraban á ganar las primeras casas de Londres. Densas tinieblas se extendían por la campiña donde brillaban acá y allá algunos farolillos que llevaban los criados, cuando de pronto fué á asaltar á Falstaff una idea que le hizo palmotear de alegría.

«Camaradas, les dijo, qué tal? os divertís?

—Sí, respondió Harry; mas por qué nos haces esta pregunta?

—Me parece que la fiesta se vá poniendo muy pesada, y que debemos variar de rumbo. El jamon se ha acabado, ya no hay cerveza, y soy de opinion de que debemos asustar á los viajeros que caminan en este momento de Rochester á Londres. Les aliviaremos el bolsillo para completar la comedia, y volveremos aquí á beber á su costa.

—Adoptado, exclamó Harry.

—Adoptado! repitieron los demás en coro.

Y derribando mesas y bancos, salieron de la taberna y tomaron la direccion marcada por Falstaff, que era el jefe de la cuadrilla. Todos se cubrieron el rostro con una careta, según costumbre de aquellos tiempos, y emboscándose á lo largo de las dos filas de árboles que coronaban el camino, esperaron en silencio.

El primer viajero que se presentó fué un fraile agustino que



volvía de un monasterio inmediato, caballero en una sosegada mula.

«Alto! oyó decir de repente.

—Misericordia! murmuró; qué quereis?

—Tu bolsa.

—Ay Jesus! solo tengo unas pobres alforjas.

—Sin duda llenas de limosna; venga, y pronto!

Después que el monje fué robado, dos aldeanos, tres mercaderes, y un noble que intentó, aunque en vano, hacer resistencia, sufrieron la misma suerte! Parecía que Falstaff y sus amigos habían ejercido toda su vida el latrocinio á mano armada. Sin embargo, uno de esos locos dijo que todo aquello olía á Tiburn (1), y sir Jonh respondió:

«No tengas cuidado, que el príncipe de los calaveras nos cubre con su proteccion. No es verdad, Harry?

—Ciertamente, yo respondo de todo.

—Por otra parte, añadió Falstaff, ya tenemos un buen botín; con que volvámonos á la taberna, donde cenaremos, regando el asado con algunos vasos de vino de España.

## II.

Vueltos los viajeros de su primer espanto, habíanse reunido en presencia del enemigo comun, y como vieron que los salteadores se retiraban precipitadamente, pensaron que tenían mas deseo de oro que de sangre y no abrigaban otro objeto que poner á cubierto la rapiña. Marchando pues con precaucion, siguieron á lo lejos las huellas de los camaradas de Falstaff y llegaron á la taberna, donde comenzaba de nuevo el canto con acompañamiento del choque de los frascos. El noble y uno de los aldeanos se separaron del grupo y fueron en busca de un magistrado, mientras el resto de los quejosos hacia de centinela delante de la puerta.

El magistrado se trasladó inmediatamente á la taberna con varios arqueros, porque el suceso le pareció de la mayor gravedad, y entró delante diciendo:

«En nombre del rey y las leyes del país, os arresto á todos por ladrones insignes y enemigos del reposo público.»

Harry se llevó á los labios un gran vaso de vino de España, y dijo con tranquilidad:

«Veo que dormís, amigo mio, porque aquí solo hay unos nobles que se divierten en paz.

—O cielos! murmuró el magistrado, es monseñor el príncipe de Galles.»

(1) Nombre del sitio donde se ajusticiaba.

Estremecieronse los viandantes al oir estas palabras y se quitaron los sombreros.

—Sí, dijo el príncipe reclinándose contra el espaldar de su banco de encina, soy yo el alegre Harry. Qué tiene esto de particular? No es conveniente que me familiarice con mi pueblo?...

—Buen medio ciertamente, respondió el magistrado; comenzais robando á vuestros súbditos, y luego querreis que os amen!

—Dejémosnos de moral, exclamó el príncipe con impaciencia, y volviéndose á los viajeros les dijo:

«Os atreveríais á sostener que os he maltrado?

Uno de los aldeanos clavó la vista en Falstaff y dijo:

«De seguro este es uno de los ladrones.

—Yo! saltó Falstaff con fingida indignacion; no sé como me contengo.»

El magistrado se colocó en seguida sobre una especie de estrada, escuchó la declaracion de los quejosos, á los cuales puso en posesion de lo que se les habia robado, y despues condenó á los compañeros del príncipe á pasar la noche en la cárcel.

«Tambien yo sin duda, dijo Harry, estaré comprendido en esta sentencia.

—No, milord; pero si os exceptuo de esta humillacion, no es á causa de vuestro rango, sino por respeto al rey vuestro padre.

—Viejo insolente!

Esto dijo el príncipe de Galles, y arrojándose sobre el magistrado, le dió un golpe violento.

El magistrado pidió auxilio, y el príncipe fué conducido á la cárcel, á la cual llegó furioso; pero la frescura del calabozo, la obscuridad, y el silencio calmaron la vivacidad de sus arrebatos.

### III.

A la mañana siguiente, un anciano se presentó en el palacio y solicitó una audiencia del rey. Qué es lo que pasó en aquella entrevista?.... Al cabo de una hora, el venerable monarca preguntó si el príncipe de Galles habia vuelto á palacio, y como se le hubiese respondido afirmativamente, le llamó á su presencia y delante del magistrado le dijo:

«Todo lo sé, porque este digno magistrado me ha revelado tu abominable conducta.

—Padre mio, creed.....

—Es inútil que procures defenderte, te lo repito, lo sé todo; te has empeñado en apesadumbrarme, cubriendo de oprobio mis canas. Qué! yo gobierno este pais, poseo una parte del territorio francés, y no puedo dominar las pasiones de mi hijo! ¿Son es-



tos los ejemplos que debían recibir de tí tus hermanos, y no te abochornas de tí mismo cuando oyes por todas partes al pueblo bajo pronunciar tu nombre con familiaridad? Puesto que desciendes voluntariamente hasta él, bien pronto se pondrá sobre tí, y no hay razon para que despues de mi muerte este palacio sea una taberna abierta á todo el mundo!»

El rostro del príncipe estaba como el carmin, y con los ojos bajos escuchaba Enrique las palabras severas de un padre justamente irritado, hasta que al fin dijo:

«No procuraré negar mis faltas: conozco que he obrado mal; pero qué le hemos de hacer? Lo pasado, pasado.

—No, exclamó el rey, porque mañana volverás á tus infamias, gracias á los consejos de tus compañeros de disolucion. Has quebrantado la ley y ultrajado á un anciano, á un juez. ¿Sabes que has dado un bonito ejemplo?... La ley debe ser observada por los príncipes no menos que por los súbditos, porque si liga á los pueblos protege al soberano, á quien todos deben respetar. ¿Quién te obedecerá si no respetas á los ancianos? Aunque este digno magistrado te ha impuesto un castigo, esto no es bastante, y es preciso que le pidas perdon.

—Yo, padre mio!

—Sí, sí, aquí mismo, en mi presencia.

—Señor, dijo el juez, no exijais que el príncipe se humille de esta suerte.

—Lo repito, tiene que pedir os perdon: si vos teneis la bondad de olvidar vuestra injuria, esto no es razon para que yo pierda tan pronto su recuerdo. —Y bien, Enrique, qué esperas?

El príncipe presentó la mano al juez, y le dijo con voz conmovida:

«Dispensad mi conducta, y dadme el abrazo.

—Monseñor, murmuró el juez con ternura, en este momento sois digno hijo de un gran monarca.

—Y yo, repuso el rey, soy feliz por contar entre mis súbditos quien tan bien comprende sus deberes de magistrado, y por tener un hijo obediente á la ley. Enrique, que esta leccion te sea útil!

—Lo será, padre mio.

—Lo veremos, dijo el monarca.

#### IV.

La Inglaterra acababa de perder á Enrique IV, su amado soberano, y en el pueblo reinaba sorda fermentacion, porque todos veian con temor brillar la aurora de un nuevo reinado. Todo el mundo sabia que antes de llamarse Enrique V, el rey actual era conocido por Harry el Calavera, y se temian los escesos de

un poder mal aconsejado, y se creía que los antiguos compañeros del príncipe de Galles pisarían con insolencia las gradas del trono, dejando á un lado á los tios y á los hermanos del rey, y hundiendo sus insaciables manos en los tesoros del Estado. Estos temores subieron de punto cuando el primer día de besamanos la multitud vió á Falstaff al frente de una brillante comitiva, la cual se dirigía hácia la puerta principal de palacio. Esperanzados en el próximo valimiento de aquellos señores, los judíos de la *Cité* les habian prestado grandes sumas para que se equipasen; de suerte que los caballos llevaban monturas bordadas en oro y armas de brillantes colores, mientras Falstaff y sus amigos lucían mantos de terciopelo, elegantes caperuzas de seda ó de paño cubierto de oro, ricas manteletas y espadas primorosamente cinceladas.

Al pasar oyéronse murmullos de indignacion, y algunos gritos de «¡abajo los impíos y los enemigos del pueblo!»

Pero Falstaff, mirando á la muchedumbre con arrogancia, metió espuelas á su brido, y las turbas retrocedieron bramando de cólera.

Cuando sir John y sus camaradas entraron en la antecámara, encontraron allí á los primeros señores y á los principales empleados de la corte, los cuales le miraron con desprecio; mas su insolencia no se disminuyó, y esperaron con paciencia la llegada del gracioso soberano.

Alzóse un ancho tapiz, y el ujier gritó con voz sonora:

El rey!

Enrique apareció vestido de luto, y grave como debe serlo un jóven, cuya herencia es una corona. Paseó sus penetrantes miradas por la doble fila de cortesanos, embajadores y caballeros, á los cuales dirigió palabras afables, y cuando entre la corporacion de magistrados divisó al juez que le puso en la cárcel, contrajo el rostro del rey cierta alteracion repentina.

«Probablemente, le dijo, habreis olvidado un suceso que tuvo lugar entre nosotros hace tres años.

—No lo he olvidado, señor.

—¿Cómo, pues, os habeis atrevido á presentaros en este sitio?

—Porque mi conciencia está tranquila; hace tres años que no hice otra cosa que cumplir con mi deber.

—Sí, respondió el rey abrazando al anciano, sí, supisteis cumplir con vuestro deber, y como estoy seguro de que protegeréis al pueblo, os nombro gran justicia de Inglaterra!

—Dios salve al rey! (1) gritó la multitud con entusiasmo.

Sir John se acercó en aquel momento, y el monarca le dijo mirándole con desden:

(1) *God save the King!*



—Quién sois?

—Cómo? V. M. no me conoce? Soy Falstaff, el camarada del alegre Harry.

—Retiraos, que si hubo un Harry, ya no existe. Retiraos, que harto tiempo me habeis extraviado, animándome á que faltase á mi deber para con mi padre y mi pueblo. Os destierro para siempre de mi presencia, y no os impongo otro castigo, porque he sido vuestro cómplice; pero acordaos de que os está prohibida la entrada en mi palacio, y procurad reparar por medio de una conducta mas noble, el escándalo que hemos causado á los hombres de bien.»

Así es como el gran rey Enrique V supo borrar las huellas que dejó un *príncipe calavera*.

### ANÉCDOTA DEL TIEMPO DE D. PEDRO EL CRUEL.

En varias páginas de nuestro *Mentor* os hemos hablado de este monarca, grande á pesar de sus vicios y sus violencias. Escrita la crónica de este rey por algun enemigo suyo personal, la vida de D. Pedro aparece á nuestra vista como un tejido de crímenes y desaciertos, causándonos horror el cuadro que con tan negros colores traza el desapiadado cronista.

Sin embargo, á medida que ha ido pasando el tiempo, y se ha estudiado mas y mas la época en que tuvieron lugar tantos sucesos portentosos, las generaciones se han convencido de que si bien D. Pedro cometió excesos imperdonables, ni fué tan cruel como lo indica su sobrenombre, ni bañó en sangre el manto de su glorioso padre Alfonso oncenó. Por eso el joven poeta Zorrilla dice con mucha oportunidad en uno de sus dramas, hablando de la víctima de D. Enrique de Trastamara:

Por odio y contrario afán

Calumniado torpemente,

Fué soldado mas valiente

Que prudente capitán.

Osado y antojadizo

Mató, atropelló cruel...

Mas por Dios que no fué él!

Fué su tiempo quien lo hizo.

Para probaros que á muchos hechos del asesinado monarca se dió por sus contemporáneos una intencion torcida, atribuyendo á determinaciones inocentes miras criminales, y prestando á meros caprichos conatos de feroz barbarie, os contaremos una anécdota que hemos encontrado escrita en un libro antiquísimo

que se halla en la biblioteca de la universidad de Salamanca.

Hallabase D. Pedro en Burgos, y honraba con su confianza a un judío llamado Abel Rusafa que entonces era su tesorero particular. Una mañana avisan al hebreo que su casa está cerca de soldados, y que el jefe que los manda desea hablarle.

Este oficial, á quien el judío habia prestado algunos servicios pecuniarios, y que lo apreciaba no poco, entra consternado y dice con voz triste:

«Con profundo pesar me veo encargado de ejecutar de órden de mi soberano una sentencia cuya severidad me espanta: ignoro el delito que habeis cometido para excitar hasta tal punto el resentimiento del monarca.

—Yo! respondió el hebreo; lo ignoro tanto ó mas que vos, y mi sorpresa es mayor que la vuestra. Pero al fin cuál es esa órden?

—Si os he de decir la verdad, me falta valor para manifestárosla.

—He perdido la confianza de S. A.?

—Si no fuese mas que esto, no me veriais tan afligido. Puede devolveros su confianza; puede nombraros otra vez su tesorero; mas....

—Se trata de desterrarme á mi pais?

—Sería algo incómodo; pero con vuestras riquezas se está bien en cualquiera parte.

—Dios de Israel! se piensa en encerrarme en alguna fortaleza?

—Ay! las puertas de las prisiones se abren.

—Sacra Jerusalem! quieren darme de palos?

—Este suplicio es cruel, pero no mata.

—Y qué! dijo el judío sollozando, se halla en peligro mi vida? El rey, tan bueno para conmigo, que me hablaba con tanto cariño hace dos dias, querrá.... oh! no puedo creerlo. Acabad por el Dios de Israel! porque la muerte me asustaría menos que esta cruel incertidumbre.

—Pues bien, Rusafa, dijo el oficial con voz triste, mi soberano me ha dado órden de que busque quien os diseque, rellenándoos de paja, porque quiere conservaros.

—Disecar! esta es una chanza de mal género, exclamó el judío mirando fijamente al oficial.

—Lo repito, es necesario rellenaros de paja.

—Sin duda habeis perdido la razon, ó S. A. no ha conservado la suya: se disea á un hombre, rellenándolo como si fuese un tigre ó un zorro?

—Ay! mi pobre amigo; lo mismo decia yo; así es que á la palabra rellenar he hecho lo que nunca hemos intentado, manifesté mi sorpresa, mi dolor y hasta aventuré algunas observaciones; pero el rey, irritado de mi irresolucion, me mandó saliese



de la cámara y ejecutase al momento la orden que me había dado.»

Es imposible pintar la admiración, la cólera, el temblor, y la desesperación del pobre judío. El oficial dejó por algún tiempo libre curso á la explosión de su dolor, y le dijo que le daba un cuarto de hora para que arreglase sus negocios.

Entonces Rusafa le ruega, le conjura, le pide en vano que le deje escribir una carta al rey para implorar su piedad. El jefe de la tropa, movido al fin de sus reiteradas súplicas, cede temblando á su ruego y se encarga de la carta; pero no atreviéndose á ir directamente á palacio, se dirige precipitadamente en busca de D. Juan de Alburquerque, favorito de D. Pedro.

Al oír aquel el extraño lenguaje del oficial, llamado D. Diego Sahagun, cree que el valiente aragonés se ha vuelto loco, y corriendo á palacio, expone al rey respetuosamente su asombro.

D. Pedro no le deja acabar y exclama: »

«Pardiez! Sahagun ha perdido la chaveta. Corre y ordena á ese loco que inmediatamente ponga en libertad al judío, si no se ha muerto de terror.»

Alburquerque sale, ejecuta la orden, vuelve y halla á D. Pedro riendo á carcajadas.

«Ya sé la causa, dijo á su favorito, de una escena tan burlesca como inconcebible: tenía un perro muy bonito, á quien puse Rusafa por un antojo. Este perro acaba de morir, y habiendo ordenado á Sahagun que le hiciese disecar para conservarle, como dudase, pensando yo que tal vez creería degradarse si ejecutaba semejante comisión, le mandé salir inmediatamente á desempeñar mi encargo.»

Este hecho ó cuento parecerá sin duda algo burlesco; pero lo cierto es que entre las crueldades que la tradición cuenta del rey D. Pedro, se halla la de haber hecho disecar á un judío, porque no le facilitó las enormes sumas que le hubo de pedir para sostener su lujo de monarca joven y galanteador.

#### TENORIO.

### LA SEÑORITA TÓCALO-TODO.

Nada es mas desagradable y mas peligroso á la vez que la costumbre contraída por ciertos niños, de tocar todo lo que ven en cualquiera parte donde se hallen.

Tal era Eugenia Valseiro, encantadora niña de diez años, amable y muy dócil en general, pero que no podía ver nada que

le llamase la atención sin ponerle la mano encima; al notar su manía hubiérase dicho que veía con los dedos.

Y sin embargo, no pocas veces había recibido el castigo de su indiscreción, porque se había quemado las uñas con unas planchas, había prendido fuego á su vestido acercándose á unos hornillos confiados al cuidado de la cocinera, y mas de una vez los cuchillos la habían cortado los dedos.

Cierto día una gran urraca que quería cojer en una casa donde se hallaba de visita con su mamá, le dió tan buenos picotazos que llevó vendada la mano por espacio de un mes; pero nada había podido corregirla, y todos cuantos la conocían la llamaban señorita *Tócalo-Todo*.

Una mañana, en el momento en que iban á conducirla á la escuela, su padre dió á la criada una carta para un pintor, cuya carta debía entregar de paso, recojiendo la respuesta. Eugenia y la criada fueron introducidas en el taller del pintor, quien dejando su paleta y sus pinceles, abrió la carta, disponiéndose á contestar. Ya Eugenia había tocado á muchos lienzos; á poco movió los resortes de un maniquí que creyó una muñeca grande, y muy luego llamó su atención la paleta, sobre la cual estaban colocados los colores. La cojió, la examinó, tocó cada uno de los colores con la punta de los dedos, y despues pasó revista á los pinceles, pintorreando en un pliego de papel que encontró á mano para ver el efecto que harían tantos colores reunidos.

Entre tanto, habiendo escrito su carta el pintor, la entregó á la criada, la cual se retiró con la niña; pero apenas estuvieron en la calle cuando exclamó:

«Ah! cómo te has puesto, Eugenia!»

Y en efecto, Eugenia estaba desconocida: tenía una mancha negra en la mejilla derecha, una línea transversal azul en la mejilla izquierda, la nariz de color de violeta, la barba de púrpura. En cuanto á sus manos, estaban pintadas de todos colores; y por lo que hace al vestido, que antes era blanco, tenía por delante una tintura amarilla, por detras de verde oscuro, y el resto parecía la muestra de una tienda.

—Qué es lo que tengo? preguntó la niña.

—Lo que tienes? repuso la criada; tienes.... no tienes figura humana.

Eugenia asustada se mira, luego procura ocultar sus manos y ruega á la criada que coja pliegues á su vestido, prendiéndolo con alfileres; pero ya era tarde: ya al aspecto de un rostro tan singularmente embadurnado, los que pasaban se habían detenido, y las chanzonetas llovían sobre la infeliz Eugenia.

—Qué demonios! decía uno; parece que el carnaval se prolonga este año.



—Quíá! decia otro; no vé V. que son las máscaras que se han divertido en producir chicos por el estilo?

—Ola! decia un tercero; cómo está el señor Arlequin tu padre?

—Oh! Francisca, decia Eugenia, llévame á casa á fin de que pueda mudarme de vestido.

Pero la criada que habia sufrido mucho con la mala costumbre de la niña, nada quiso oír.

—Tengo orden de llevarte á la *maestra*, respondió, y debo obedecer.

—Pero no vé que me voy á morir de vergüenza?

—Quíá! no se muere una por tan poca cosa.

Y la llevaba de la mano; pero aun no habian andado cien pasos cuando un grupo de chicos, que tambien se dirigian á la escuela, atraidos por los gritos de algunos pilluelos, acudieron y se pusieron á bailar en derredor de la pobre niña pintada de todos colores. Desgraciadamente uno de los muchachos conoció á Eugenia, y gritó:

—Toma! pues si es la señorita *Tócalo-Todo!*

—*Tócalo-Todo!*... ah!.... *Tócalo-Todo!* repitió la tropa infantil.... Buenos dias, señorita *Tócalo-Todo!* ha servido V. de paleta?.... Vaya que parece V. el mandil de un pintor de brocha!

—Señores, dijo el mas pillo de la tropa, llamemos á un aguador, y que le eche encima una cuba de agua: con eso se lavará!

Entre tanto la pobre Eugenia lloraba á lágrima viva, y sus sollozos eran tales, que acabaron por sofocarla, siendo preciso que la criada se la llevase al momento. Una grave enfermedad fué el resultado de aquella ocurrencia; pero este mal produjo un gran bien: Eugenia comprendió al fin todos los sinsabores, todos los peligros que podia atraer la falta á que se habia entregado por espacio de tanto tiempo; resolvió firmemente corregirse, y la que entonces se llamaba *Tócalo-Todo*, ahora es citada por su discrecion.

## CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

**Serpientes Boas.—Voracidad de las serpientes Psylos.—**

**Fiestas de las serpientes en la India.—El Cobra-coral.**

Pertenece á la familia de los reptiles la serpiente Boa, que segun aseguran los viajeros, es espantosamente larga en Asia y Africa, habiéndolas en la zona tórrida que tienen diez y quince

metros. Lo que distingue al boa es la forma algo larga de la cabeza, cuyo movimiento no deja de revelar gracia, y las manchas oscuras y amarillas de que se halla sembrada su negra piel. Esta serpiente carece de dientes venenosos, y de consiguiente su mordedura no es muy funesta. Sin embargo, es peligroso el boa, porque aprieta con fuerza su víctima hasta ahogarla, lo que le ha valido el nombre de *constrictor*, palabra que significa en latín apretar fuertemente.

No obstante, muchos naturalistas aseguran que se ha calumniado á esta especie, pues no ahoga ni á hombres ni á animales, y aun que su extension nunca pasa de cuatro metros.

Habíase dicho tambien acerca de este boa que cuando era chico se lanzaba del fondo de la yerba donde se oculta sobre las tetas de las vacas que pastan en las praderas, y las mamban para alimentarse con su leche. Es cierto que hay serpientes que tienen esta costumbre ó instinto, que tambien se observa en las culebras de nuestras regiones; pero los naturalistas afirman que el boa de que venimos hablando mira con desvío la leche de las vacas, y no las mama.

En los bosques del Brasil hay enormes boas que segun se dice sueltan, cuando se les turba en su prolongado reposo, un gruñido ronco, arrojándose en el agua para librarse del peligro. Basta con decir que estos boas, á los cuales dan los salvajes el sobrenombre de *sucuriaba*, no embisten á los hombres, siendo, al contrario, perseguidos por los indígenas, quienes se mantienen con la carne de estas grandes serpientes.

En general, hay en los bosque del Brasil muchas especies de reptiles, siendo no pocas de ellas temibles para los habitantes. No faltan tampoco cuadrúpedos á los cuales embisten con valor los boas, y que tienen poca esperanza de escaparse de animales tan terribles; los monos, las cabras, los cabritos, los jabalies y los búfalos son presa de su voracidad, cuando no se les presenta lugar á donde refugiarse. Luego que el boa, oculto bajo las hojas secas ó bajo las ramas de los árboles, se alza de repente y abre sus espantosas fauces guarnecidas de agudos dientes, dando penetrante silvidos, el cuadrúpedo sobrecogido de espanto, permanece inmóvil, como fascinado por las miradas del reptil. Este, de un salto, se arroja sobre su pobre víctima, la envuelve en sus largos pliegues, y acaba por tragársela; ó si el cuadrúpedo es muy grueso, quebranta los huesos con la fuerza muscular de sus anillos, y despues de reducirlo á menor tamaño, lo convierte en manjar.

Un buque inglés trajo á Europa habrá unos veinte años una enorme serpiente viva de la India, á la cual daban en la travesía cabras que habian traído á este efecto. El espantoso reptil, despues de observar algun tiempo con ojos fijos al pobre animal



que temblaba de miedo, se erguía, se arrojaba sobre él, se enroscaba en derredor de su cuerpo, le fracturaba los huesos, cubriéndolo de una baba pegajosa, y luego lo introducía en sus fauces, que abría como una anchurosa sima.

Era esta una operación larga y penosa: la presa bajaba lentamente, y por el volumen que tomaba la serpiente en el sitio por donde pasaba la cabra, se podía seguir con la vista los progresos que hacía en el cuerpo del monstruo, el cual caía en una especie de letargo, no dando señales de vida hasta que la digestión estaba hecha; es decir, al cabo de ocho ó diez días.

Se lee en un viaje hecho por un holandés á Surinam en la Guiana, que al atravesar un bosque el viajero halló en medio del camino una cosa que tomó por un tronco de algun arbol, y que en esta persuasión pasó por encima; pero cuál no sería su espanto cuando conoció que lo que habia creído un tronco era una serpiente enorme que probablemente hacia entonces su digestión, porque permaneció inmóvil!

No es de extrañar que los pueblos salvajes, como que tienen la imaginación sobresaltada con los peligros de que las serpientes monstruosas los amenazan, hayan hecho de ellas sus ídolos, á los cuales rinden una especie de culto como para aplacar su cólera y mitigar su ferocidad.—En el Oriente se ha adelantado mucho en el arte de arrancar á las serpientes sus venenosos colmillos, y de domesticarlas hasta cierto punto. Así se ven hombres que se presentan en público con serpientes enteramente sometidas á sus órdenes, que se enroscan en sus brazos ó en sus piernas, y saltan á compás al son de la flauta.

Ya en la antigüedad se conocia y admiraba á los domadores de serpientes que se llamaban psylos, y hoy se vé á ciertos hombres dar representaciones de su arte en las plazas públicas de las poblaciones de Egipto; y en la India, una clase entera de hombres denominados Mhaulos, tienen por oficio quitar el veneno á las serpientes, adiestrarlas y casi convertirlas en animales domésticos. En algunas poblaciones de la India se celebra una fiesta de serpientes, llamada Djapan, durante la cual se lleva en procesion á un niño de la clase de los Mhaulos, que tiene el cuello, los brazos y casi todo el cuerpo cercado de serpientes enroscadas, y todos los indios que van en la procesion, llevan una serpiente en la mano.

Varias veces habreis oido hablar de la formidable serpiente de cascabeles que habita en América, y cuyos dientes sueltan un veneno muy activo. Esta serpiente sería aun mas temible, si por fortuna el ruido de los anillos de su cola (lo que le ha hecho dar el nombre de serpiente de cascabeles) no sirviese de advertencia á los hombres, y si este ruido no les hiciese pensar en ponerse en salvo cuanto antes.

Agreguemos que al contrario de esta serpiente y de otras especies peligrosas, la naturaleza ha creado especies enteramente inofensivas, al menos para el hombre: tal es el Daboís de la Nigricia en Africa, que lejos de hacer mal al hombre, parece que se complace en buscar su compañía, y que solo persigue á los reptiles venenosos, de suerte que ayuda á librar de ellos la comarca, y se hace útil á los habitantes, sin perjudicarlos; por lo cual el Daboís es festejado y casi reverenciado por los negros.

Se necesitaría un tomo si se quisiera describir todas las especies de serpientes, porque hay gran número de ellas, y algunas son verdaderamente lindas por los colores sembrados en su piel y sus bellos contornos, como el Cobra-coral, ó culebra de un hermoso rojo de coral que se halla en el Brasil y en la Guiana, pero que no es menos peligrosa por su veneno.

### MISERIA Y CARIDAD.

Los jóvenes habituados á un continuo bienestar y muchas veces al lujo, no pueden formar idea del estado de profunda miseria que reina hace muchos años entre los jornaleros de la Gran-Bretaña. El jornalero español experimenta privaciones y escaseces; pero pocas veces ó nunca llega al estado de pobreza que cerca en Inglaterra á millones de individuos. Vosotros vais á decidir acerca de esto.

Un pobre chico de diez años, de risueño y amable semblante, de figura inteligente pero descompuesta por los sufrimientos, se presentó hace algunos días ante uno de los condestables de la ciudad de Londres, y se declaró culpable de un delito cometido aquella noche en perjuicio de un tabernero, á quien habían quitado unos gansos.

Sin la rijidez de su consigna, el agente de seguridad pública se hubiera compadecido de la extremada juventud y la franqueza del que acababa de delatarse; sin embargo, antes de proceder á la formación de la sumaria, creyó de su deber el conducir ante el *sherif* ó oficial encargado en la ejecución de las leyes, al raterillo, á quien no gustó mucho esta resolución.

En presencia del magistrado, el niño reiteró su confesion, y ya se preparaba á revelar los detalles del hurto, cuando aquel le interrumpió diciendo que los culpables eran dos jóvenes que habían sido presos dos días antes, y que documentos que no dejaban duda alguna demostraban que habían cometido el de-



lito sin la concurrencia de cómplice alguno, en hora y con circunstancias distintas de las indicadas por el niño, á quien lo pequeño de su estatura no habría permitido, por otra parte, alcanzar á la pared que habia sido necesario saltar.

El magistrado concluyó instando al chico para que declarase los motivos por qué se acusaba de una accion culpable, á la cual era enteramente extraño. Hé aquí la esplicacion que dió el muchacho, vertiendo abundantes lágrimas:

«Yo soy el que he tenido la idea de delatarme... Somos tan pobres!... hemos perdido á nuestra madre, mis tres hermanas y yo; y nuestro padre que trabaja en unas canteras de yeso, no gana lo bastante para sostenernos. Yo sabia que habian robado unos gansos á un tabernero del barrio, y como he oido decir que á los chicos condenados por hurto se les encierra en una gran casa, donde se les enseña á leer y á trabajar en un buen oficio, queria pasar por delincuente, á fin de estar encerrado hasta que hubiese aprendido uno, con la ayuda del cual pudiera cuando saliese mantener á mis hermanitas y ayudar á mi padre.... En la cárcel tendría vestidos y pan, que partiría con ellos, y es una desgracia que no me envien á ella, porque nunca me atreveré á robar de veras....»

Conmovido en extremo el magistrado, con consentimiento del padre del chico, se ha encargado en proveer á sus necesidades hasta la edad de diez y ocho años. Despues de haberlo vestido con esmero y aseo, él mismo lo ha confiado á un artesano honrado para que le enseñe su lucrativo oficio, y sería cosa imposible describiros la alegría del inglesillo. Todos admiran su actividad y aplicacion; aplicacion y actividad que nacen de los sentimientos mas nobles; el amor filial y el cariño que profesa á sus pobres hermanitas.



**A CELEDONIA DE ANDUEZA Y GELI,****niña de tres años.**

Oh niña, para que Dios  
Te llame su fiel amada,  
Y arrulladora paloma  
De lindas azules alas,  
La inocencia que te abriga  
Jamás arrojes del alma.

Hermosa flor cuyo cáliz  
Suavísimo aroma exhala,  
Que nunca el cierzo bravío  
A besar tus hojas vaya,  
Y rieguen tu fresco tallo  
De manso arroyo las aguas.

Que jamás el llanto surque  
Tu semblante, Celia cándida,  
Y cuando el astro del día  
Se sumerja en la mar vasta,  
Lleven sus pálidos rayos  
A tu pecho la esperanza.

Mas cuando el sol majestoso,  
Lanzando esplendentes llamas,  
Preste el oro á tus cabellos  
Y refleje en tu garganta,  
Tus infantiles acentos  
Mezcla al murmullo del aura.

Sí, que es dulce al corazón,  
Si al mundo sonríe el alba,  
Mientras la flor abre el cáliz  
Y los pajarillos cantan,  
En voz tierna y reverente  
Alzar humilde plegaria.

Adios, oh niña; las brisas  
Que en torno á tu frente vagan,  
Son el purísimo aliento  
De querubines sin mancha,  
Que Dios ha querido sean  
Arcángeles de tu guarda.

**J. MANUEL TENORIO.**